

CAMPANAS

Santiago Aizarna

Esa breve nota que leía en el periódico el pasado mes de mayo, me hizo revolotear viejos recuerdos y sentimientos, me envolvió en una leyenda de pueblos y de celos, e inmediatamente me puse a escribir lo que sigue. Se decía en ella, y no era otra cosa que una noticia que tiene que ver con la convivencia, que *“El ayuntamiento de X ha decidido suprimir las campanas nocturnas de la iglesia parroquial, ante las quejas recibidas por parte de los vecinos de la zona. Y es que, al parecer, el ruido de las campanas por la noche, impedía o, al menos alteraba el sueño de más de uno. Desde el Consistorio consultaron con una empresa especializada la posibilidad de silenciar las campanas durante determinadas horas y como la respuesta fue afirmativa, así se decidió. Ahora, sólo suena de siete de la mañana a once de la noche”*.

Está claro que se está hablando de campanadas de reloj, de campanadas de horas que van transcurriendo. Campanadas que nacen de una boca de ogro, del mismísimo Cronos devorando a sus hijos, las horas, que, al cabo de los tiempos, ocurrirá al contrario, ya se sabe, al fin de los tiempos todos seremos devorados por el tiempo fugaz que nos ahogará entre sus brazos y, seguro que sin siquiera el brezar de los versos del poeta. Campanadas que nacían y siguen naciendo del herrumbroso reloj modelo Urrugne que cantó don Pío y que llevaba la frase escrita (naturalmente en latín como corresponde por ser la lengua señera en acontecimientos transcendentales, el *“the Lord’s prayer”* byroniano), palabras con el tan repetido *“Omnes vulnerant, ultima necat”*, que se trata de una frase insuperablemente reflexiva cuando automáticamente nos introduce en el “nos” posesivo, pero pasivizador o victimario, *“esas horas que nos hieren y esa última que nos mata”*, que las horas van cogiéndonos por el cogote, nos arrojan por la abierta tolva sobre la muela dentada de la piedra que gira y gira, borbota el agua de la aceña y no sabemos hacia dónde irá a parar nuestro desmenuzado ser, si al cajón de la maquila del sepulturero o bien a los gusanos de la tierra, a los peces de la mar, a los pájaros del cielo, a un estómago sin duda, por estomagante que parezca.

Esas campanadas de horas despegadas del reloj pueden ser, horas molestas como las han experimentado y por eso protestan las gentes de

X, aunque también, y al mismo tiempo, regazadoras. El regazo debe de ser, supongo desde la insuperable nostalgia, el último refugio de nuestra vida ya que fue nuestro primer efugio, del vientre al regazo, del útero a las haldas, la gran aventura primigenia. Alguien canta una balada de zozobras en el mismo momento en que nacemos que hasta los sordos oyen y se va notando el caminar difuso en las pernezuelas que se agitan en el aire no se sabe con qué destino que, en esa definición está encerrado el misterio todo de la vida, el enano aurreksulari lanzando sus piernas al viento, el ángel llorando, que me acuerdo yo de aquella definición que aquel hombre viejo que era yo entonces, que la transmigración de los años es un hecho, que la antinomia se fragua, que somos viejos cuando éramos jóvenes y cuando más jóvenes más viejos cuando el tiempo es la medida y el presente el punto de relación en el que toda relación comienza, venía a cantar en verso en pañales, la verdad del misterio que ninguna madre quisiera desvelar, que decía el verso que *“comprendí por qué los niños lloran, / y es que la pérdida de un bien ellos deploran”*, un pareado sobre lágrimas razonadas, sobre úteros sin inquilino.

De las campanas que nos regazan, se podrían escribir páginas sublimes siempre que las diosas del don nos hubieran cargado el carcaj de las escrituras. Recuerdo un gran poema de Schiller, el más sonoro y profundo que recuerdo sobre el tema, algo como el temblor de un parto telúrico, que no puedo trasponer aquí porque mi memoria va haciendo aguas y el barco se va hundiendo y las frases saldrían en andrajos, la voz en tenues irrisaciones, las mismas palabras deslabazadas, pero sé que se hablaba de una campana que se iba fraguando, las gentes todas del lugar tomando parte en la operación, el hierro fundido que contenía el sudor y las ansias y los gozos de todas aquellas gentes, una sensación de trabajos de titanes, que se iba recitando el poema hacia dentro y era el sudor que estallaba, estaba el crisol y las llamas lamiéndolo, un acto de amor entre obscuro y purísimo, el amor se decanta en sudores y agonías y orgasmos arrancados por la fuerza y estalla. Una mañana de sol relumbrante, estalla. Campanas que nos regazan, repito.



Y, de estas campanas que nos hacen quedar quedos en la cama, las horas del día subiendo, la pereza apoderándose de la voluntad y regalándola delicias, ¿qué se dijo? Son lejanas campanas urbanas sin embargo como las otras, cuando las distancias no las mide ni el metro ni el tiempo y solamente la lisura sedosa del langor, esa pátina de la pereza que es como las escamas de un pez abisal, nada menos. Pero, si de toparse con auténticas campanas se trata, vayamos al campo viejo que ya no sé si existe, que los indios por los paraísos de Manitú se comunicaban por el humo que se oye también en la lejanía pero a los que se nos negó la entrada en la tribu comanche encontramos en las campanas las elipses del humo, la escritura llena de interrogantes, campanas que nos ayudaban a vivir digamos que "poéticamente" como decía Hölderlin que se debe vivir, los horizontes hacia el cielo todos rectos sin curva alguna y por tierra el límite precoz del bosque, la tierra arada exhalando vapores de fecundidad, campanas del ángelus en forma de paloma y sobre la azada la creación de Millet en estampa geórgica, campanadas que servían para notificarnos toda suerte de noticias vecinales, que hay campanas que hablan de nacencias, las hay de fuegos, pero, acaso, con sonido más distinto, esas que tocan a muerto y tendrán para siempre el mejor cronista de sus sonos en aquel gran/ más/ insuperable/ sensual de la literatura que se llamó Gabriel Miró y, en una de sus obras maestras aunque lo fuesen todas

"Años y Leguas", escribía sobre las campanas que tocan a muerto; que decía de ellas que, *"algunos sonos se quedan balbucientes en los labios de las campanas; otros, vuelan con temblor de murciélagos en torno de la parroquia; otros, salen anchos, claros, enteros"*, que así, en la campiña desnuda, se anunciaban las bodas de la muerte, una unión homosexual, carne que es tierra con tierra que se hará carne, moltura de iguales, más aún de la familia, incesto en suma.

De esas campanas del campo abierto guardo mi recuerdo más hondo y la imaginación se me enriquece con la imagen del campanero a manera de títere, los ocho brazos de la araña tirando de las cuerdas, la sabia música que arrancaban de las paredes de metal, que en esa música está escondida la leyenda de tres pueblos y de sus celos, tres campanarios a porfía que se disputan un liderazgo de no se sabe qué igual a todos los liderazgos habidos que se nos explotan en la nada, que era una vez una campana humilde que en fina y débil voz soltaba su quejumbroso *"miseriya, miseriya"* (miseria, miseria), a la que respondía la del otro pueblo cercano aliada en esa alianza que la desgracia favorece y que venía a decir, *"nik ere bai, nik ere bai"* (yo también, yo también), y contestaba a las dos, la tercera, la orgullosa *"Or konpon, or konpon"* (ahí os arregleis, ahí os arregleis), que es la leyenda que oí de niño referente a las campanas de Lezo, Rentería y Oyarzun, que es a lo que iba.